

---

## NUESTRA SEÑORA DE LA PROVIDENCIA.

---

*Consideravit semitas domus suae,  
Vela sobre los procederes de su  
casa.*

(Prov. XXX, 27).

Dos sublimes figuras descuellan sobre todas las cosas en el mundo cristiano, Jesús y María. Así en la populosa ciudad donde la civilización ha fabricado sorprendentes palacios, como en el remoto país donde el pobre salvaje no tiene otro albergue que una informe cabaña ó miserable choza; así en las suntuosas catedrales de la Europa católica, como en los rústicos templos, con escasos elementos contruidos por los misioneros entre incultas gentes; dónde quiera que el Evangelio haya dejado oír su voz de caridad, y tremolado su bandera de paz, encontrareis cerca de la imagen del Hijo la imagen de la Madre; al lado del altar erigido en honra á Jesús otro altar construido en obsequio á María. Esto nos dá á entender, que si tenemos en Jesús un abogado, cerca de Él tenemos en María otra abogada; que si debemos esperar gracias de Jesús, estas gracias hemos de recibirlas por conducto de María; que si hemos de encontrar misericordia en Jesús, esta misericordia la obtendremos por la benévola intercesión de María.

Hé aquí el motivo porque á tantos títulos con que solemos venerar á la Virgen, se añade otro no ménos tierno y sublime, el de Madre de la Providencia. Y en efecto; si la Providencia lo regula y gobierna todo, siendo utilísimo y necesario que el buen Jesús la emplee en nuestro favor así espiritual como temporal, es tambien necesario y muy útil acudir á María, toda vez que por su intercesión recibimos las gracias que nos otorga Jesús. Ampliamente nos demuestra esto la festividad que hoy celebramos. Y en efecto, nuestros progenitores estaban tan altamente persuadidos de esta consoladora verdad, por los muchos favores que como recibidos acusaba una faustísima expe-

riencia, que determinaron celebrar con pompa singular una fiesta en honor de María, saludándola como Madre de la Providencia. Muchas y muchas razones podría yo presentaros, no solo para justificar la laudable determinación de nuestros antepasados, sinó tambien para exhortaros, hermanos míos, á imitar el piadoso ejemplo que nos han legado. Pero como para esto necesitaría mayor espacio de tiempo que el concedido á los límites de la oratoria sagrada, me concretaré á demostraros, que en María se reúnen, superabundantemente, cuantos títulos puedan desearse para saludarla bajo la advocación con que hoy lo hacemos: esto es, llamándola Madre de la Providencia. Seguro de vuestra piadosa atención, no ménos que de vuestra cortés benevolencia, confío que la Santísima Virgen nos otorgará la gracia de hacernos rendidos admiradores de una advocación, que, si para Ella es en gran manera gloriosa, para nosotros es de indiscutible utilidad: saludémosla, pues, con las palabras del Ángel: A. M.

Para que María mereciese ser venerada como Madre de la Providencia, preciso era que tomase á su cargo el cuidado de nosotros; para encargarse de nuestro cuidado, necesario era tambien, que conociera nuestras miserias, que pudiera ayudarnos en nuestros infortunios, y que se inclinara á protegernos en medio de nuestras calamidades. En resúmen, para que María mereciese el título de Madre de la Providencia, era indispensable que fuese poderosísima, clementísima. Pues bien, todas estas condiciones las reúne María en grado sumo, puesto que en Ella es suma la sabiduría, inmenso el poder, incommensurable la bondad.

La sabiduría es suma en María. De dos clases es la sabiduría; creada la una, increada la otra. Es creada la sabiduría cuando constituye la multitud de conocimientos con que podemos enriquecer nuestro entendimiento. La sabiduría increada es Jesucristo, el Verbo de Dios, llamado por esto la Sabiduría del Padre. Ahora bien; hablando de la sabiduría creada, María reúne todas las gracias llamadas *gratis datas*, entre las cuales se cuenta la sabiduría increada. María fué la Madre del mismo Verbo, que en sus entrañas tomó carne humana para la redención de los hombres. Por eso ninguna nube veló jamás su inteligencia, ni ofuscó su corazón la más tenue sombra de tinieblas; mantúvose siempre viva la luz que iluminaba su pensamiento, siempre ardiente la llama de las celestiales visiones que inflamaba su alma; y, por tanto, la Iglesia, no solo la reconoce sapientísima, sinó que la venera como el asiento mismo de la sabiduría. Y

siendo esto así, ¿puede dudarse, hermanos míos, de que María conoce todo aquello que nos atañe, todo aquello que puede sernos de utilidad?

Conoce nuestras miserias y nuestra flaqueza. Sumidos nosotros en la oscuridad de la ignorancia y del error, agobiados por la concupiscencia y la maldad, combatidos, cual flexibles hojas, por el viento de toda clase de doctrina, difícilmente nos aproximamos á la fiel observancia de los mandamientos divinos. Aún cuando nuestra inteligencia fuese rica de sublimes y peregrinos conocimientos, la voluntad no correspondería, por la bajeza de nuestras pasiones, á la abundancia de conocimientos del entendimiento; aún cuando el alma esté en aptitud de contemplar las maravillas de la creación, muéstrase agobiada y débil para caminar por la senda de la justicia y de la caridad. Sería para esto necesario, que el corazón no estuviese sujeto á las impresiones de los sentidos, que se enfrenáran fuertemente nuestras propias perversas inclinaciones, que renegáramos de nosotros mismos, que levantáramos con nuestros hombros la cruz, y nos consideráramos como peregrinos en la tierra; como ciudadanos del Cielo y hombres del siglo futuro. Mas contra todo esto se subleva nuestra pobre condición, que se opone á todo aquello que puede serle saludable. Por esto María, Madre como es de la sabiduría, ve esta nuestra debilidad, conoce esta nuestra miseria, sabe cuales gracias necesitamos para combatir mejor esta nuestra deplorable enfermedad.

No conoce solamente nuestra miseria, no ve solo nuestra debilidad, sino que sabe también cuantos y cuan grandes son los peligros á que en el mundo estamos continuamente expuestos. Y en efecto; en este mundo, designado con el nombre de Babilonia en los libros sagrados, respiramos una atmósfera de tal manera impregnada de sensualismo, que gravitando sobre el espíritu, impide al alma elevarse sobre la caliginosa bruma de este valle de desdichas. Distraídos de una parte con los mundanos asuntos, ocupados de la otra con las terrenas delicias, fatigados, abrumados con los cuidados del siglo y con licenciosos pasatiempos, vivimos, más bien como animales irracionales, que como seres dotados de ese efluvio de la divina sabiduría, que nos distingue esencialmente de los brutos, de alma racional. En la continua lucha con las mundanas disipaciones entabladas, no solo aquellos que viven consagrados enteramente al siglo, pero hasta los corazones religiosos, si han de superar los mil y mil obstáculos que por dó quiera nos presenta la vida terrena, necesitan una ayuda superior, eficazísima que los sostenga en los diarios combates; y entonces María, cuyos ojos velan continuamente con tierna solicitud sobre los

hijos de los hombres, conoce cuan fácilmente podemos estrellarnos contra tantos escollos como nos rodean, y cuan necesario nos es, que nuestros corazones se fortalezcan con la gracia de aquellas virtudes, sin las que no nos sería dado penetrar en la mansión de la vida eterna.

Más aún: María sabe bien, que Satanás, como rugiente león, gira constantemente en torno nuestro, abiertas las terribles fauces para devorarnos. Seis mil y más años van trascurridos desde que el divino anatema selló la frente del orgulloso arcángel con el estigma de la maldición, precipitándolo en las téticas cavernas del abrasado Infierno; y la rabia del que fué ángel de luz se recrudece y se enciende cada vez que un alma se escapa de sus garras; enfurecido más y más con cada nueva derrota, no busca otra cosa que nuestra ruina, no desea más que nuestra muerte espiritual, y no nos abandona, nó, mientras le queda la más remota esperanza de conseguir nuestra perdición. Y María, que conoce las tenebrosas asechanzas del tremendo adversario; María, que lo ha vencido tantas y tantas veces; María, que ha aplastado su cabeza, vuela en auxilio nuestro, y derrota al horrible dragón cuando él se consideraba vencedor. Nada de cuanto nos atañe es indiferente á la maternal solicitud de María; todo lo nuestro es carísimo á sus ojos, todo le toca directamente como Madre amantísima de infelices hijos.

Esto mismo, hermanos míos, es lo que quiere darse á entender cuando se dice, que una de las figuras que más convienen á María es la de la mujer fuerte, tan celebrada en las sagradas Escrituras. Y en efecto, si la mujer fuerte se ha creado un nombre ilustre por su solicitud en averiguar los pesares de su propia familia, y por la prudencia con que gobernaba los asuntos de su casa; María investiga con interés sin igual nuestras miserias, y con prudencia suma cuida de nosotros. Pero, entre la mujer fuerte de los libros santos y María existe una diferencia grandísima; si mucha fué la diligencia de la mujer fuerte en prever cuanto pudiera perjudicar á los suyos, inmensamente mayor es la desplegada por María en la prevision de cuanto á nosotros pueda perjudicarnos. Si grande fué la prudencia de la mujer fuerte en el gobierno de su familia, inmensamente mayor es la prudencia con que María gobierna á toda la humanidad, puesto que hijos suyos somos todos los hombres. En fin, si la sabiduría de la mujer fuerte en procurar que nada faltase al buen gobierno de su casa fué justamente ensalzada, con muchísima mayor razón debe elogiarse la sabiduría de María, siempre solícita porque no nos falte

nada de cuanto pueda sernos saludable. Si, pues, la mujer fuerte tan celebrada como sábia se nos presenta como una figura de María, claro es que ésta ha de exceder á aquélla en tanto como á la sombra excede la realidad, en la misma proporción en que á la imagen excede el original, en tanto como á la luz artificial excede la luz del astro del día; y sin la menor vacilación, sin dejar lugar á ningún género de duda, podemos calificar á María de sapientísima. Si, pues, la sabiduría es la primera calidad que debe revestir á María para que podamos saludarla como Señora, Madre, Reina de la Providencia, y dejamos demostrado cuan rica es Ella de sabiduría, demostramos también al mismo tiempo, con cuanta razón debe ser reconocida y venerada como Señora, Madre y Reina de la Providencia.

Mas, para ser Señora, Madre y Reina de la Providencia no basta solamente la sabiduría con que María conoce todas nuestras necesidades, sino que le es también necesario el poder para remediarlas. Porque ¿qué nos importaría saber que sus ojos velan siempre sobre nuestros infortunios, sino supiéramos á la par, que su mano es bastante fuerte para protejernos? ¿Qué consuelo reportaríamos de saber que no son ignoradas nuestras miserias, si no supiéramos también que aquella que las conoce puede con mano pródiga socorrerlas? Es menester, pues, que á la sabiduría se una el poder, puesto que sin aquélla ó sin éste á la Providencia le faltaría una de sus calidades constitutivas, y no sería, por tanto, Providencia. Luego, María, á quien hemos visto sapientísima, es también poderosísima.

María es la hija de Dios Padre, y un padre tan sumamente bueno nada sabrá negar á hija que tanto ama. Hé ahí porqué la ha ensalzado sobre todas las hijas de Eva, distinguiéndola entre ellas de modo tal, que no existirá jamás otra que pueda comparársele, sean cualesquiera los favores que en la plenitud de su omnipotencia otorgue el Señor á otra criatura. Hé ahí porqué, al predestinarla para la divina maternidad, enriqueciéndola de la más sublime de todas las gracias y elevándola á una excelencia incomparable, la asoció, en cierto modo, á su divina paternidad. Hé ahí porqué le ha concedido el privilegio de ser madre, en cierto modo, como El es padre; por manera, que si Jesucristo, como Dios, tiene un padre sin tener una madre, como hombre tiene una madre sin tener un padre. ¿Podrá, pues, Dios negarle jamás cosa alguna? Si aún en el orden natural vemos que un padre nada niega, tratándose de cosas justas y honestas, á una hija amada, cuya ingenuidad, cuyo candor, cuya obediencia tienen de largo tiempo ganado su corazón, ¿cómo podrá

Dios, que es el mejor de los padres, negar cosa alguna á María, que es la mejor y la más excelente de las hijas?

María es la esposa del Espíritu Santo, y por este mismo título no puede encontrar obstáculos á su poder, impedimentos á su voluntad omnipotente. En efecto, un esposo no niega jamás nada á su esposa amada, ni desatiende nunca sus súplicas; todas las cosas son entre ellos comunes, semejándose en esto á misteriosa cítara, una de cuyas cuerdas no puede ser pulsada sin que todas las demás se agiten impelidas por la misma onda sonora. Si, pues, María es la muy amada esposa del Espíritu Santo; si esta incomparable Virgen, con su inocencia y con sus gracias, ha enamorado de indecible manera su corazón, claro es que nada podrá negarle, y que acogerá con suprema benevolencia todos sus deseos y todos sus votos.

Mas, aunque el ser hija de Dios Padre, el ser esposa del Espíritu Santo son dignidades excelentísimas, mayores aún las encontramos en María. Todos los fieles son hijos de Dios, todas las almas justas esposas del Espíritu Santo; pero María posee, por sí sola, un título á ninguna otra criatura comunicable, un título que la hace gloriosísima entre los gloriosísimos esplendores y privilegios que la circundan, un título que ninguna criatura podrá jamás compartir con Ella; este título es el de su divina maternidad. María es la madre de Dios, y, por tal concepto, tiene sobre su divino Hijo derechos incontrastables. Léese en la historia profana, que Coriolano, valeroso é ilustre capitán romano, airado contra la ingratitud de su patria, tornóse en enemigo de ella y aprestóse á exterminarla; ni las súplicas de los sacerdotes, de los senadores, de los más nobles y ancianos conciudadanos suyos podían hacerle desistir de tan sanguinario propósito; solo las palabras de su madre lograron desarmar su furor. En la historia sagrada léese también, que Salomón, elevado al trono de Israel, hizo colocar al lado de su propio sólio, otro no ménos rico destinado á su madre, á quien hizo depositaria de todos sus tesoros, y procuraba por todos los medios tenerla contenta. ¿Podrá creerse, en vista de tales ejemplos, que María tiene menor poder sobre un Dios, que es su propio, su único hijo? Del mismo modo que Jesucristo, mostrando al eterno Padre el corazón atravesado por cruel lanzada, las manos y los pies marcados con el estigma de la sangrienta Pasión sufrida, es al momento atendido, así también es atendida María cuando, para mover á Jesús en favor nuestro, le presenta aquel mismo purísimo seno en que lo ha nutrido.

María es la verdadera Abigail, porque así como aquella Abigail

de quien nos habla el primer libro de los Reyes, con sus dulces palabras y sus exquisitas gracias ejerció tanto poder sobre el corazón de David, que bastó á aplacar en él la cólera provocada por Nabal, así también María, con sus súplicas y con sus méritos aplaca la ira de Dios, continuamente provocada por las culpas de los pecadores. María es la verdadera Esther, porque como aquella Esther, de quien nos hablan los libros sagrados, ejercía influjo tal sobre Asuero, que, áun ostentando su terrible magestad sobre aquel trono resplandeciente de oro y de piedras preciosas, quería olvidarse de que era rey, para recordar solo su calidad de esposo, y otorgarle todo cuanto le pidiera, por más que fuera la mitad de su propio reino, así también á María todo se lo concede Dios, nada le niega, ni aún las gracias más difíciles. Todo lo criado se humilla á los pies de María, y solo Ella puede obtener el perdón de los pecados, solo Ella puede domar el Infierno, solo Ella puede conmover el Cielo.

Pero ni la sabiduría, ni el poder bastarían para intitular á María Madre de la Providencia, si á una y otra de estas dos calidades no se uniera en íntimo consorcio otra tercera condición; la bondad. La bondad es aquella condición, que nos presenta benévolo los ojos de quienes esperamos consuelo en nuestras miserias; la bondad es aquella apreciablesísima calidad, que mueve la mano del poderoso á socorrernos en nuestras calamidades. Pues bien, María ha demostrado ser sumamente bondadosa en el día mismo en que aceptó la maternidad de nuestro Redentor; porque en esta aceptación iba incluida la de tomar parte, grandísima parte, no solo en los oprobios y sufrimientos reservados al Redentor, sino también en su misma muerte, y muerte de cruz. Y por lo mismo que nos amaba tanto, por lo mismo que con tan estupendo desinterés anhelaba nuestro bien, por lo mismo que tan magnánimamente deseaba concurrir á la obra de nuestra salvación, consintió en aquella dolorosísima maternidad para impedir que fuésemos miserablemente perdidos. ¿Puede acaso desearse prueba más evidente, más palmaria de la maternal bondad de María?

Nó: María no ha querido parecerse á aquellos soberbios potentados, que pudiendo dar mucho lo rehusan; á aquellos ricos egoístas, que pudiendo socorrer muchas necesidades, no se mueven á compasión. Ella es toda clemencia, toda piedad, toda misericordia.

No solamente por nuestra salvación condescendió á llevar en su seno la víctima que había de ser inmolada, no solamente condescendió á nutrir la con el néctar de su pecho, á llevarla en sus brazos,

á guardarla en todos sus pasos, sino que también se prestó solícita á ofrecerla, á conducirla Ella misma al altar, á presentarla con sus propias manos para que fuese sacrificada. Esto hizo cuando presentó su Hijo á la ceremonia de la Circuncisión; esto hizo cuando, entrando en el Templo y presentando á Jesús en los brazos del viejo Simeon, lo ofreció á Dios sin restricción alguna. No contenta con esto, porque deseaba ardientemente ver realizada la obra de nuestra salvación, concibió el magnánimo propósito de asistir á la cruentísima muerte de su Hijo. Y allá sobre el Calvario, sin apartar un momento la vista de tan dolorosa escena, permaneció transida de dolor compenetrándose con la sublime víctima, y dividiendo con el divino paciente el cáliz amarguísimo de aquella pasión terrible. Si, pues, fué tanto su deseo de socorrernos, tanto su afán de ayudarnos cuando vivía en esta tierra, hoy, en el Paraíso, en la patria de la bienaventuranza, en el reino de las recompensas, en la mansión de las perfecciones supremas; ¿habrá cambiado aquellos sublimes y generosos sentimientos que la hicieron tan benéfica? Nó: María nos ama siempre, siempre nos ofrece el mismo socorro, y siempre desea procurarnos las mayores gracias.

Y no puede menos de ser así. María es también madre nuestra. En la cumbre del Gólgota, regado con la sangre de su Hijo, Ella nos prohió, nos dió la vida, nos regeneró, hízose, en una palabra, nuestra Madre. ¿Y puede acaso una madre dejar de socorrer á su hijo, cuando lo ve en peligro? ¿puede menos de desear sacarlo de aquella condición, á cuyo término está su ruina? ¿puede menos de anhelar que corran dichosos para su hijo los días, propicia la suerte y afortunada la vida? Nó, hermanos, míos; ó habremos de decir que la tal no es madre, ó no podremos admitir que en ella sea posible tal indiferencia; pero, puesto que es madre, debemos reconocer, que desea la prosperidad de aquellos á quienes ha dado el ser y que son parte de ella misma. Si, pues, María es nuestra madre, por este solo hecho no puede menos de querer nuestro bien, no puede menos de desear nuestra salvación, no puede menos de estar siempre pronta á ayudarnos en la vida presente, y á hacernos un día partícipes de la eterna é inmutable dicha en la vida futura.

Esto sentado, comprendereis, hermanos míos, que María reúne todos los requisitos para ser invocada con el título preciosísimo de Madre de la Providencia. Y en efecto, si para ser Madre de la Providencia era necesario que velara por nosotros, y si para velar por nosotros era preciso que conociera nuestras miserias, que pudiese so-

corrernos en nuestras necesidades, que quisiese ayudarnos en nuestros males, ya habeis visto que es suma la sabiduría de María, sumo su poder, suma su bondad. De donde se desprende espontáneamente la revelantísima conclusion, que para gloria de María y para consuelo discurso, entre las mil y mil angustias á que estamos sujetos en nuestra peregrinacion por este valle de lágrimas, sirve de tema á este discurso; y que así como Dios, por el sapientísimo y universal cuidado con que gobierna todas las cosas criadas, debe ser llamado Padre de la Providencia, así tambien la augusta Reina del Cielo y de la tierra, enriquecida por donacion del mismo Dios de todos los requisitos necesarios para cuidar de la salvacion de los hombres, como Madre de la Providencia debe ser reconocida é invocada.

La historia, con mil y mil hechos, confirma nuestro argumento. Y en efecto; ¿existió jamás hombre alguno que hallándose atribulado, y habiéndose vuelto á María con fé sincera, haya dejado de encontrarla providentísima en socorrerle? Si me hablais de enfermos, Felipe Neri, postrado por obstinada fiebre intermitente y por dolores reumáticos que le quitaban todo vigor, desahuciado de los médicos, hasta el punto de no atribuirle más que pocas horas de vida, fué instantáneamente curado por una aparicion de María. Si me hablais de prisioneros, Jerónimo Emiliano, sumido en hondo y oscuro calabozo del Castillo de Quero, sujeto á un cepo y cargado de cadenas, fué prodigiosamente libertado por María, que se le apareció envuelta en cándida vestidura y refulgente con rayos más brillantes que los del mismo sol. Si me hablais de mutilados, Juan Damasceno, á quien hizo cortar la mano derecha el príncipe Saraceno influido por la calumnia, por gracia de María vió restituida su mano al primitivo estado de salud, quedando solo, para prueba de tal prodigio, una pequeña señal de tan bárbara amputacion. ¿Quereis ver la providencia de María en medio de los peligros? Pues ahí teneis á Juan de Dios, arrojado por la indómita cabalgadura que montaba sobre un monton de duras piedras, donde permaneció por espacio de dos horas sin palabra, sin movimiento, sin sentido, arrojando por narices y boca abundante sangre, y socorrido, curado, fortalecido por María. ¿Quereis ver su providencia en las tentaciones? Pues mirad á Catalina de Sena, á la cual primero su madre, despues su hermano mayor, por último, el demonio, querían disuadir de su propósito de renunciar al siglo, triunfar, con el auxilio de María, de cuantos se oponían á su determinacion de vivir humilde y religiosa. ¿Quereis ver la providencia de María en los casos más desesperados? Pues ahí teneis á

Francisca Romana, llorosa, y afligida por la desventura de su hijo, que confiado á la tutoría del Conde de Troya y puesto á la grupa de velocísimo corcel, corría á una muerte segura, y por la intercesion de María le fué devuelto sano y salvo el jóven amado, pasando así su madre del más terrible dolor á la alegría más sentida. Por la providencia de María ocuparon el sólio pontificio un Leon y un Estéban; fueron dotados de la sabiduría un Alberto y un Suarez; de la elocuencia un Bernardino y un Bernardo; por la providencia de María lograron sucesion una Blanca y un Engardo; próximos á la muerte obtuvieron la vida un Teófilo y un Germano. Por la providencia de María triunfaron en las batallas un Heráclio y un Narsete; vencieron á sus enemigos Alfonso XI y Carlos el Calvo; destrozaron los ejércitos contrarios Simon de Monforte y Juan Sobieski; lograron cumplidísimo triunfo sobre los turcos un Luis y un Juan de Austria en la inmemorable jornada de Lepanto. Por la providencia de María convirtiose un Egidio, que se había hecho esclavo del demonio; salvóse un beato Pedro de Onesto de inminente naufragio; curóse de mortal dolencia un Nicolás de Tolentino; recobra la vista perdida un Pedro Celestino. Por la providencia de María defiéndose del asedio de los Hugonotes la ciudad de Salus; es socorrida Dijon en una peste mortífera; vése libre del saqueo la ciudad de Trevigio; la villa de Warta, en Bohemia, es consolada en los horrores de un terremoto, y despierta á la luz del Evangelio la isla de Valis, en la Oceanía.

¡Oh vosotros, todos los que gemís en la afliccion y en el dolor! ¡todos los que envueltos en las tinieblas de la culpa suspirais por la deseada luz! ¡todos los que viviendo en la vida de la virtud temeis las asechanzas de los enemigos del alma! cobrad valor, alzad la abatida frente, y dirigid vuestros ojos á María, Madre de la Providencia, María aparecerá en medio de vosotros como la aurora, que tendiendo por dó quiera su rosado manto, todo lo alegra, todo lo rejuvenece y vivifica. Sus manos destilan la mirra más selecta; y puesto que no existe género alguno de infortunio á que Ella no pueda llevar inmediato remedio, todos debemos cobijarnos bajo las alas de su benévolo patrocinio. Ella misma dijo un día á santa Brígida: yo soy la Reina del Cielo, la Madre de la misericordia, la alegría de los justos, la puerta por donde pueden llegar hasta Dios los culpables; no hay pecador tan desdichado que no tenga participacion en mis maternales cuidados. Nó; no dudemos, hermanos míos, en acogernos bajo su cariñoso amparo para participar de las gracias que Ella derrama piadosa para confortar y salvar á los desgraciados. Su ternura la inclinará á

enjuagar nuestras lágrimas, la bondad de su corazón la obligará á abrirnos los tesoros de su inagotable beneficencia. Si deseamos la fé, María tremoló el estandarte que sirve de enseña á los creyentes; si suspiramos por el santo amor, María es el arca sagrada en que arde constantemente y sin apagarse jamás la llama del divino fuego; si buscamos la luz, María no habitó jamás en las tinieblas, siempre vivió circundada de luz y difundiendo luz; si necesitamos de valor en las tribulaciones de la vida, María es la invicta heroína del Calvario. Ella nos defenderá en los peligros, nos iluminará en nuestras dudas, nos confortará en las amarguras, nos sostendrá en las tentaciones, nos conducirá en sus brazos, nos guiará de la mano hasta su divino Hijo, hará que nos abracemos con él, como una madre que se esfuerza en estrechar cerca de sí á sus dos hijos en íntimo y fraternal abrazo; en todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasion se nos mostrará verdadera Madre de la Providencia. ¡Oh María! si sois tan sábia y tan poderosa para socorrer á los míseros peregrinos de este destierro, ¿qué no podremos esperar de vuestra bondad? En vuestra augusta frente llevais escrito: Providencia; sed, pues, para nosotros una verdadera providencia en todas nuestras aflicciones. Vuestra mano, que toma de los infinitos tesoros de Dios las gracias más selectas, difundidlas con abundancia sobre nuestras almas, sobre nuestras familias, sobre todo el mundo cristiano. Sed nuestro socorro, nuestra guía, nuestra esperanza; y, por decirlo de una vez, sed nuestra Providencia, y nosotros cantaremos hoy y en la vida de los siglos sempiternos las glorias de vuestra amorosísima proteccion. Así sea.

---

## NUESTRA SEÑORA DEL REFUGIO.

---

*Antequam clament, ego exaudiam; adhuc illis loquentibus ego audiam.*

Antes que clamen, yo los oiré, cuando aún estén con la palabra en la boca, otorgaré su peticion.

(ISAÍ, XLV, 24).

Que el hombre reconozca su miseria y desee salir de ella, es una cosa natural que no necesita sino de que él reflexione sobre sí mismo, aunque sea muy lijeramente, y de que siga los impulsos de su corazón, que jamás podrá avenirse con el mal; de la misma manera es natural al hombre buscar fuera de sí el remedio de lo que padece, no hallando en sí mismo, como no halla, sino pobreza y miserias, y el fondo inconcebible de su misma nada.

No hay excepciones en este punto; y nuestras fantasías nunca han llegado al extremo de persuadirnos ni de hacernos creer, que ni nuestra vida ni nuestra salud correrán riesgo alguno, ni que nuestra fortuna ni nuestro bienestar podrán ser turbados. Todo lo contrario: mil temores y sobresaltos nos acompañan con frecuencia; y aún cuando nada haya en nosotros que los pueda motivar, basta tal vez el mismo bien que poseemos para temer su pérdida; siendo lo más triste que pueda imaginarse, que en la compañía misma de nuestros hermanos y semejantes, que es donde podíamos contar con alguna seguridad, allí encontremos el riesgo y peligro.

Al intento me ocurre lo que se refiere en el Génesis del patriarca Abrahán: él y su familia se hallaban en un tiempo acosados del hambre, que se había extendido sobre la tierra que moraban; y como hubiese determinado ir á Egipto para remediar la necesidad que le oprimía, ya al entrar en aquel reino le ocurrieron temores de perder su vida á causa de Sara su esposa. «Conozco, la dijo entónces, que